MARCIAL RUBIO ÁRQUEZ
Università di Napoli "Federico II"

"Allí mi corazón tuvo su nido": El amor napolitano de Garcilaso

En la azarosa vida sentimental de un hombre como Garcilaso quien, como poeta, dedicó la casi totalidad de su genio a cantar el amor, los estudiosos dedicados a este fundamental aspecto coinciden en personificar este abstracto sentimiento en tres personas concretas: la portuguesa Isabel Freyre; Elena de Zúñiga, su esposa y una misteriosa dama napolitana[1]. Diversos vaivenes críticos han situado a cada una de ellas en el centro de la poética garcilasista, sirviéndose para ello de nuevos datos, nuevas lecturas o de la imposición de nuevas corrientes interpretativas. De este modo, los primeros comentaristas atribuyeron a Isabel Freyre la razón última de gran parte de los versos del toledano[2]; a principios del siglo XX, sin embargo, se ponderó con mayor esmero el amor napolitano[3] y, ya en los años setenta de dicho siglo, se intentó revalorizar el papel

[1] E. Melé (*Las poesías latinas de Garcilaso de la Vega y su permanencia en Italia*, en "Bulletin Hispanique", 25 (1923), pp. 108-148; 361-370; 26 (1924), pp. 35-51, en particular, p. 127; (en adelante citado como Melé) hipotizó que podría tratarse de Dña. Catalina Sanseverino, pero los datos que aporta son poco convincentes.

[2] El primero en hacerlo, basándose en vagas anotaciones del Brocense y Herrera, fue Menéndez Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*, Madrid, CSIC, reed. 1945; XIII, pp. 56-60; posteriormente H. Keniston, *Garcilaso de la Vega. A Critical Study of His Life and Works*, Nueva York, Hispanic Society, 1922 (en adelante, Keniston) manifestó la imposibilidad de entender sin ella los versos del toledano.

[3] *Vid.* W. J. Entwistle, *The Loves of Garcilaso*, en "Hispania", XIII (1930), pp. 377-388; posteriormente traducido en E. L. Rivers, ed., *La poesía de Garcilaso. Ensayos críticos*, Barcelona, Ariel, 1974, pp. 73-89, por donde se cita. En adelante Entwistle.

AISPI. «Allí mi corazón tuvo su nido»: El amor napolitano de Garcilaso.
Centro Virtual Cervantes

de su esposa[4]. Este oscilante panorama presenta dos constantes seculares: la primera, la preponderancia absoluta de Isabel Freyre como musa inspiradora de la poesía de Garcilaso, ya como presencia –como amor real biográficamente demostrable–, ya como ideal; el menosprecio, cuando no desprecio, de la experiencia amorosa napolitana bien pudiera ser la segunda constante.

Sin embargo, la presencia de la misteriosa napolitana en la poesía de Garcilaso es, creo, más significativa de lo que habitualmente se viene pensando. Se debe aclarar, ya desde el principio, que no se trata de encontrar otra nueva fuente autobiográfica a la poesía garcilasista, intentando concretizar la expresión del sentimiento, que no el sentimiento mismo, en un nombre y en una documentada vida. No es este mi propósito, sino más bien intentar sugerir una mayor atención para este grupo de composiciones, a menudo minusvalorado por la crítica, pese a representar una etapa fundamental en la evolución poética de Garcilaso.

Si bien es cierto que, en el análisis de toda actividad poética, y más si ésta contiene la enorme carga de interiorización sentimental que transmite la de Garcilaso, resulta ridículo intentar ponderar la intensidad a partir de la cantidad, no lo es menos que, en una obra tan escueta como la del toledano, la mayor o menor presencia de composiciones dedicadas a este tema ha de ser, cuanto menos, significativa. Para centrar el problema se debe comenzar, por tanto, tratando los aspectos cuantitativos, esto es, cuantificando las composiciones que Garcilaso dedicó al amor napolitano. En este aspecto tampoco existe coincidencia crítica, y la complicada cronología de su obra no sirve de mucho en algunos casos, ya que si bien parece evidente que la relación napolitana no pudo comenzar antes de noviembre de 1532, cuando Garcilaso llega a Nápoles, y

[4] M. Sito Alba, *¿Un tiento de Garcilaso en poetas portugueses?*, en "Boletín de la Real Academia Española", LVI (1976), pp. 439-508; F. Goodwyn, *The new Light on the Historical Setting of Garcilaso's Poetry*, en "Hispanic Review", XLVI (1978), pp. 1-22; P. Walley, *Garcilaso, Isabel and Elena: the growth of a legend*, en "Bulletin of Spanish Studies", LVI (1979), pp. 11-15. Keniston, p. 65 ya había aventurado la hipótesis de que las composiciones primerizas en metros castellanos estuvieran dedicadas a ella.

AISPI. «Allí mi corazón tuvo su nido»: El amor napolitano de Garcilaso.
Centro Virtual Cervantes

que posiblemente acabaría en 1535, poco antes de su muerte, resulta en cualquier caso problemático suponer una "fidelidad" poética sin fisuras que le impidiera dedicar su pluma, en estos mismos años, a la joven dama portuguesa conocida tantos años antes y cuyo fallecimiento pudiera ser coetáneo a su nuevo amor. Pese a todo, incluso los más acérrimos partidarios de Isabel Freyre como musa única del poeta aceptan que Garcilaso dedicó a su nuevo amor los sonetos VII, VIII, XII, XIX, XXVIII, XXX, XXXI, XXXIII, XXXV y la Elegía II[5]. Es fácil admitir que, aun aceptando exclusivamente estas composiciones, y a tenor de la ya comentada escasa producción del toledano, su estudio merecería de por sí una mayor atención de la que se le ha venido dando. Por si esto no bastara, la nómina pue-

[5] Todas las citas hacen referencia a B. Morros, ed., Garcilaso de la Vega, *Obra poética y textos en prosa*, Barcelona, Crítica, 1995. Para la justificación de la inclusión del soneto VII en este grupo véase Navarro Tomás, ed., Garcilaso, *Obras*, Madrid, Espasa-Calpe, 1948[4], [primera edición: 1911; en adelante Navarro Tomás, ed.], pp. XL y 209; Keniston, p. 208; E. Melé, p. 127; Entwistle, p. 84, n. 3; R. Lapesa, *La trayectoria poética de Garcilaso*, Madrid, Revista de Occidente, 1948; recogido, con adiciones bibliográficas, en *Garcilaso: Estudios completos*, Madrid, Istmo, 1985; p. 148, por donde se cita. (En adelante, Lapesa). Por su parte A. Prieto, en su edición de las *Poesías completas* (Barcelona, Planeta, 1984, p. 136) cree que el tema, más que describir un estado de ánimo real, reproduce un tópico literario. Sonetos: VIII: Lapesa, p. 149. Keniston, pp. 195-196 e id., ed., p. 264 cree que se compuso durante su primer viaje a Italia, en 1530, suposición que apoya Entwistle, p. 77. XII: Keniston, ed., Garcilaso de la Vega, *Works: A Critical Text with a Bibliography*, Nueva York, Hispanic Society, 1925, p. 266 (en adelante, Keniston, ed.) y *op. cit.*, pp. 126 y 209; Melé, p. 128; Lapesa, pp. 148 y 185; Entwistle, p. 84, n. 3. Navarro Tomás, por su parte, duda de la adscripción del soneto a la dama napolitana en la "Introducción" a su edición, pero en nota a dicho soneto declara abiertamente que debió tratarse de ella; *vid.* pp. XLI y 214 n., respectivamente. XIX: Melé, p.132; Navarro Tomás, ed., pp. XL y 221; Keniston, p. 214; Entwistle, p. 84, n. 3; Lapesa, pp. 150 y 181. XXVIII: Keniston, pp. 127 y 209; Navarro Tomás, ed., pp. XL y 231; Melé, p. 127; Entwistle, p. 84, n. 3; Lapesa, pp. 148 y 181. XXX: Keniston, p. 209; Navarro Tomás, ed., pp. XL y 233, n. 1; Entwistle, p. 84, n. 3; Lapesa, p. 150. XXXI: Melé, p. 128; Keniston, p. 209; Navarro Tomás, ed., pp. XL y 233, n. 1; Entwistle, p. 84, n. 3; Lapesa, pp. 150,152 y 185. XXXIII: Keniston, p. 212; Navarro Tomás, ed., pp. XL y 236; Lapesa, p. 150. XXXV: Melé, pp. 128-129; Keniston, pp. 233-235 y 214; Navarro Tomás, ed., pp. XL y 238-239; Lapesa, pp. 149 y 181. Elegía II: Melé, p. 129; Keniston, p. 232; Navarro Tomás, ed., pp. XL y 159, n. 42; Entwistle, p. 84, n. 3; Lapesa, pp. 150 y 181.

AISPI. «Allí mi corazón tuvo su nido»: El amor napolitano de Garcilaso.
Centro Virtual Cervantes

de ser fácil y convincentemente ampliada si se acepta la opinión de algunos estudiosos, para quienes los sonetos I, II, III, V, VI, XI, XIII, XIV, XV, XVII, XVIII, XX, XXII, XXIII, XXIV, XXVI, XXXII, XXXIV y XXXVII, además de la canción IV también estarían dedicados a la mujer napolitana o, cuando menos, serían susceptibles de entenderse de tal modo[6]. Haciendo tabla rasa con las dispares

[6] Sonetos: I: Entwistle (p. 84, n. 3) y D. McGrady (*Dos notras sobre sonetos de Garcilaso*, en "Romance Quaterly", XLI (1994), pp. 228-232, en particular pp. 228-230) así lo consideran. Opinión contraria mantienen Keniston, ed., p. 261 y Lapesa, pp. 50 y 76. II: Entwistle, p. 84, n. 3. Keniston, ed., p. 261, por su parte, lo supone dedicado a Isabel Freyre, mientras que Lapesa, p. 186 no se arriesga a datarlo ni, por lo tanto, a adscribirlo. III: Navarro Tomás consideraba que la tesis de Keniston (pp. 195 y 113 n.) para suponerlo dedicado a Isabel no era convincente y propuso a la dama napolitana como destinataria última, *vid.* p. XLI, n. 1; Lapesa (p. 186), duda entre ambas hipótesis. V: Melé (p. 128) así lo consideraba, contradiciendo las opiniones de Keniston (p. 194) y Prieto (ed., *op. cit.*, pp. 3 y 84-87). Navarro Tomás considera que tanto pudo estar dedicado a la dama portuguesa como a la napolitana, *vid. op. cit.*, p. 206; Lapesa (p. 186) lo considera de fecha incierta. VI: Entwistle (p. 84, n. 3) es el único crítico que lo considera dedicado a la dama napolitana. Keniston (ed., p. 263) lo sitúa en la época del destierro en el Danubio, mientras que Lapesa (pp. 78 y 184) cree que debe haber sido escrito entre 1529 y 1532. XI: Keniston, p. 205; Lapesa, p. 186. XIII: Keniston, pp. 206-207; Lapesa, p. 186. XIV: Keniston, pp. 209-210; Entwistle, p. 84, n. 3. Lapesa (p. 186) piensa que puede atribuirse tanto a Isabel Freyre como a la dama napolitana. XV: Keniston, p. 206; Lapesa, p. 148. Navarro Tomás (p. XVIII) lo considera, por el contrario, anterior a su etapa napolitana. XVII: Keniston, p. 209; Entwistle, p. 84, n. 3. Lapesa (pp. 186-187 y n. 244) cree que pudo estar dedicado a cualquiera de los dos amores, si bien en nota manifiesta su inclinación a considerarlo prenapolitano. XVIII: Keniston, p. 209. Lapesa (pp. 186-187 y n. 244) mantiene idéntica posición a la manifestada para el soneto XVII. XX: Entwistle, p. 84, n. 3. Para Navarro Tomás (pp. XIX-XX)parece estar inspirado por la boda de Isabel Freyre. Lapesa (pp. 186-187 y n. 244) lo considera de fecha incierta, pero cree más factible que corresponda a la etapa napolitana. XXII: Para Lapesa (p. 187) y Entwistle (p. 84, n. 3) podría ser de este período. XXIII: Keniston, p. 207; Lapesa, p. 186. XXVI: Para Entwistle (p. 84, n. 3) podría ser de este período. Keniston (pp. 199-200 y id., ed., p. 273), Navarro Tomás (ed., p. 228) y Lapesa (pp. 13, 49 y 185) lo consideran, por el contrario, como de la última etapa con Isabel Freyre. XXXII: Entwistle, p. 84, n. 3. Lapesa (p. 186, n. 244) lo considera de fecha incierta y, por lo tanto, atribuible a cualquiera de los dos amores. Distinta postura mantienen Keniston (p. 212) y Navarro Tomás (ed., p. 235). XXXIV: Keniston, p. 213; Navarro Tomás, ed., p. 237; Entwistle, p. 84, n. 3; Lapesa, p. 153. XXXVII: Keniston, p. 213. Lapesa, pp. 187, n. 244 y 193 lo considera adscribible a cualquiera de los dos amores. Canción IV: Entwistle, p. 84, n. 3. Por su parte Keniston (pp. 196-198),

AISPI. «Allí mi corazón tuvo su nido»: El amor napolitano de Garcilaso.
Centro Virtual Cervantes

opiniones, se podría decir, entonces, que, por ejemplo, de los 40 sonetos conservados, 27 tratan o son sospechosos de tratar del amor napolitano, mientras que sólo 11 –dejando de lado los 2 circunstanciales– tratarían con seguridad de Isabel Freyre. Si se extiende este análisis meramente cuantitativo al resto de composiciones el resultado no es, evidentemente, tan aplastante, pero sí igualmente significativo, más aún si, del corpus poético del toledano, eliminamos los no pocos versos que no interesan a este particular por tener una temática ajena a la sentimental. Y, sin embargo, bien mirados, los resultados no deberían parecernos en absoluto sorprendentes. Es más, lo realmente sorprendente sería que no fueran los ya apuntados. Recuérdese que más de las cuatro quintas partes de los versos del toledano se compusieron entre 1533 y 1536[7], período de tiempo que no sólo coincide con los postreros años de su vida, transcurridos en Nápoles, sino también básicamente con el de su romance con una mujer de dicha ciudad, aspecto éste casi siempre minimizado por la crítica.

Pese a todo, la mayor parte de los estudiosos coincide en describir la "trayectoria poética de Garcilaso" en dos etapas nítidamente diferenciadas: la anterior a su estancia en Italia y la que sigue a su contacto con una cultura poética superior a la tradicional castellana, es decir, el período que viene representado por su estancia en Nápoles, donde el contacto con la cultura literaria y con los escritores e intelectuales napolitanos convierten al, pese a todo, no muy experto *poetizador* en un gran poeta. Incluso parte de la crítica, yendo un poco más allá de este marbete crítico y trasladando a la trayectoria sentimental la misma lógica inherente al planteamiento biográfico, ha dividido la poesía de Garcilaso en dos bloques: las composiciones dedicadas a Isabel y las dedicadas a la ignota napolitana[8], si bien se debe aclarar que las dos periodificaciones no coinciden estrictamente en el tiempo. Sin embargo, incluso los críticos más favorables a la valoración del amor napolitano,

Navarro Tomás (ed., pp. XXIII-XXIV) y, aunque con iniciales dudas, Lapesa (pp. 184-185) lo consideran de su primera etapa.

[7] *Vid.* Lapesa, p. 12

[8] *Vid.* Keniston, p. 192; Entwistle, p. 73.

AISPI. «Allí mi corazón tuvo su nido»: El amor napolitano de Garcilaso.
Centro Virtual Cervantes

acaban siempre sus conclusiones manifestando que el más evidente y, en ocasiones, exclusivo sentimiento amoroso que sintió Garcilaso en vida fue hacia la portuguesa[9], por lo que en su poesía sólo habría sitio para la expresión del mismo.

Y, sin embargo, todavía está por probar la realidad del amor entre Garcilaso e Isabel Freyre. Lo mucho o poco que hoy conocemos sobre esta relación, lo sabemos a partir de los datos que los exegetas han deducido de citas indirectas, alusiones equívocas y suposiciones más o menos fundadas[10]. Quizá no resulte exagerado decir que no hay ni un solo verso en la poesía de Garcilaso que exprese clara, inequívoca y rotundamente su relación con Isabel. Por el contrario, son muchos los que nos hablan de su amor por la misteriosa dama napolitana. Contamos, así, con diversas confesiones a íntimos amigos –el soneto XIX, a Caracciolo y los sonetos XXVII, XXXIII y la Elegía II, dirigida a Boscán– y con otras composiciones que nos hablan de celos, ausencia, pasión, secreto, etc., todos inequívocamente fundados en su amor napolitano. Lo dicho, claro, no intenta pecar de lo mismo que critica. Es innegable, pese a todo, que cuando el río de la crítica suena, agua lleva, y así parece lógico pensar que, como expuso Dámaso Alonso, "algo debió haber" entre la "damita portuguesa" y el, por entonces, veinticincoañero toledano[11], y si algo hubo, es lógico pensar que algunos poemas estén dedicados a expresar las emociones que suscitó tal amor. Pero, incluso aceptando la existencia poética de esta relación, nada obliga a pensar que este amor fuera el único que sintió y –lo que es ahora más importante– el único que expresó el poeta en sus versos.

¿A qué responde esta actitud de los estudiosos hacia el amor napolitano? Creo que, principalmente, esta postura "monoerótica" intenta convertir al toledano en un nuevo Petrarca o, cuando menos, en el más puro seguidor hispano del italiano. Recortar de su "cancionero" toda alusión que no entre en el rígido y privilegiado

[9] *Vid.* Keniston, p. 202; Entwistle, p. 89.

[10] Véase L. Iglesias Feijoo, *Lectura de la Égloga I*, en *Garcilaso. Actas de la IV Academia Literaria Renacentista*, ed. V. García de la Concha, Salamanca, Universidad, 1986, pp. 61-82.

[11] *Vid. Obras completas*, Madrid, 1973; II, p. 834

AISPI. «Allí mi corazón tuvo su nido»: El amor napolitano de Garcilaso.
Centro Virtual Cervantes

canon del amor único cantado antes y después de la muerte de la amada supone, si se acepta lo expuesto anteriormente, un desesperado intento de cuadratura crítica del círculo poético, máxime si nos damos cuenta de que, pese a todo, Garcilaso es profundamente petrarquista, pero no tanto por su adaptación a los aspectos más superficiales del *Canzoniere*, a menudo privilegiados en detrimento de otros más profundos y delimitadores de una determinada concepción poética, sino por su lectura profunda de Petrarca, por la perfecta asimilación de lo esencial y la magistral indiferencia ante lo contingente. En efecto, y por poner sólo el ejemplo que más interesa aquí, la propia existencia de Isabel sería parangonable, por su idealismo y por su función poética, a la que en el *Canzoniere* realiza la no menos ideal e idealizada Laura. Y de ser así, y como también sucede en el genio italiano, también podríamos pensar que en Garcilaso algún soneto, canción o égloga dedicados a Isabel están dictados más por el juego retórico que por el sentimiento sincero, más por la pasión por la literatura que por el amor a una mujer. Me doy perfectamente cuenta de que este razonamiento, apenas esbozado, requeriría un mayor espacio del que aquí puedo darle, por lo que prefiero dejarlo en suspenso para volver al tema que me interesa.

Éste, el amor a Isabel Freyre, sería, en cualquier caso, uno de los experimentados y cantados por Garcilaso. Un amor que le permite, en el ámbito de un cierto petrarquismo que está asimilando en esta etapa de su producción literaria, imitar su particular idea del modelo, tanto en la concepción idealizada del amor como en la expresión mesurada del mismo.

Cuando Garcilaso llega a Nápoles, sin embargo, entra en contacto con un petrarquismo bastante más evolucionado, infinitamente más asimilado por los poetas y, por lo tanto, mucho más rico en matices. Un petrarquismo en el que, tras las aportaciones de Bembo, el neoplatonismo primigenio deja paso a un cierto culto a la belleza exterior *per se*, y no sólo, como ocurría en la poesía de Petrarca, como único camino para alcanzar una cierta transcendentalización amorosa. Añádase, además, que en el mismo Petrarca se encuentra ya la tantas veces cantada lucha entre el deseo y la razón,

AISPI. «Allí mi corazón tuvo su nido»: El amor napolitano de Garcilaso.
Centro Virtual Cervantes

lucha que Garcilaso ya pudo leer en March, pero que ahora se le representa como más viva y cruda, más íntimamente unida a su propio devenir. A la vez, la relectura de los clásicos grecolatinos, en los que los aspectos sensuales del amor son colocados en ocasiones a la misma altura virtuosa que los goces intelectuales o espirituales, también debió influir en su poesía, y no sólo en sus aspectos estructurales, donde la *imitatio* fijaba los límites, sino también en los temas y en la manera de tratar los mismos. Buena prueba de ello son la Canción V, donde claramente se aconseja un amor carnal legitimado con ejemplos clásicos, o el soneto XXIII, en el que los tópicos clásicos sobre la fugacidad de la belleza invitan al goce de los sentidos. Ambos poemas, como es notorio, fueron escritos en Nápoles.

Y es en este nuevo contexto poético donde surge el nuevo amor y, con él, una nueva manera de sentirlo, de expresarlo y de entenderlo. Se trataría de una gozosa coincidencia entre vida y literatura, entre amor y poesía. En el mismo lugar y al mismo tiempo, Garcilaso entra en profundo contacto con dos nuevas realidades: una poesía nueva, difícilmente imaginable y todavía menos asimilable desde su ciudad de origen, y una nueva experiencia amorosa; nueva en el tiempo, sí, pero también nueva como experiencia y como canto.

Esta nueva poesía se asimilaría, *grosso modo* y con todas las matizaciones necesarias, a lo que la crítica garcilasista viene llamando el período italiano de Garcilaso. Sin embargo, no interesa ahora la descripción pormenorizada de este período, ya realizada magistralmente por Lapesa, sino el análisis de la expresión poética de este nuevo amor. Para no caer en subjetivismos, me limitaré a extraer algunos rasgos comunes a las composiciones que, en general, la crítica acepta como expresión de su amor napolitano.

Quizá el primer rasgo expresivo común a todas ellas sea la concepción de ese amor como algo novedoso, nunca experimentado, único en su especie. A tal sentimiento corresponderían expresiones como la del último verso del soneto VII ("que ni es como los otros ni en mi mano"); o la de los dos primeros versos del primer terceto del XXVIII ("De tan hermoso fuego consumido / nunca fue corazón..."),

AISPI. «Allí mi corazón tuvo su nido»: El amor napolitano de Garcilaso.
Centro Virtual Cervantes

para finalizar con los últimos del primer cuarteto del XXXI ("tan aprobado fue su nacimiento [del amor] / como de un solo hijo deseado").

Otra característica constante en estas composiciones es la de la arrolladora fuerza del amor, su poder para doblegar la voluntad del poeta, voluntad que se manifestaba contraría a caer, de nuevo, en sus manos, y aquí la alusión a su anterior experiencia amorosa resulta evidente y clarificadora. Baste citar el soneto VII ("Yo había jurado nunca más meterme, / [...] / en otro tal peligro...", vv. 9-11). Más allá del tópico literario bien conocido y estudiado, expresado en los dos primeros versos del segundo cuarteto, ("Tu templo y sus paredes he vestido / de mis mojadas ropas y adornado"), se manifiesta claramente –a través del uso del pluscuamperfecto– la existencia de un antiguo amor, ahora ya sólo vivo en el recuerdo, y la llegada ("mas del que viene no podré valerme", v. 12) de uno nuevo, real, presente y mucho más fuerte, por lo que la resistencia del poeta será inútil.

Asociada a esta rendición se encuentra la inequívoca expresión del deseo. Expresado con paliativos y entre líneas en diversas ocasiones, irrumpe con arrolladora fuerza en el soneto XII ("Si para refrenar este deseo / loco, imposible, vano, temeroso"). Esta sinceridad, tan contracorriente con respecto a las teorías neoplatónicas y tan inimaginable referida a su anterior amor, se debe relacionar con las nuevas corrientes con las que Garcilaso entra en contacto en Nápoles y a las cuales ya me he referido anteriormente.

El secreto dictado por las normas del amor cortés, que impedía dar a conocer el nombre de la dama, también aparece en este grupo de composiciones. Es en el paradigmático soneto XXVIII en el que Garcilaso, en principio tan ajeno a este fundamental principio cortesano, respetado sólo de manera implícita y retórica, envuelve en un halo de misterio la personalidad de su amada, manifestando, explícitamente, su sujeción a dicha norma: "... si preguntado / soy lo demás, en lo demás soy mudo".

Quizá la última característica aglutinadora de los poemas dedicados a la dama napolitana sea el temor. Un temor que, con el pasar del tiempo y el profundizar de la relación, se transforma en

AISPI. «Allí mi corazón tuvo su nido»: El amor napolitano de Garcilaso.
Centro Virtual Cervantes

unos avasalladores celos. El proceso queda perfectamente delimitado y descrito en varias composiciones. Así, en el soneto VII se comienza asociando el amor al "peligro" (v. 11), para pasar después, en el soneto XII a identificar ese amor con el deseo, calificado ya de "temeroso" (v. 2). En el XIX, la confesión a Caracciolo, y en el XXXIII, ya se manifiesta claramente el temor, asociado ahora no al sentimiento, sino a la ausencia de la amada. En el XXX surgen las "sospechas", que se confirman "celos" en el XXXI. El proceso, por lo demás, queda descrito y cerrado en la Elegía II, donde la parte central de la misma está dedicada al lamento de estos dos males que afligen al poeta: el temor y los celos.

Un análisis más detenido del grupo de composiciones que Garcilaso dedicó al amor napolitano arrojaría otras características. Sin embargo, las citadas me permiten aventurar la posibilidad de que las mismas no puedan aplicarse –o no puedan aplicarse con la misma intensidad– a las que se vienen considerando como dedicadas a Isabel Freyre. Me refiero, sobre todo, a la manifestación de su sujeción al secreto del amante con respecto a la identidad de la amada, a la plasmación concreta del dolor que causan sus celos o a la expresión del deseo físico.

Si he logrado explicarme, estará claro ya que la poesía de Garcilaso no es, en absoluto, monoerótica. Y no lo es ni desde un punto de vista biográfico ni, tampoco, desde la perspectiva poética. Aceptados casi sin discusión como rasgos distintivos de la poesía de Garcilaso tanto su "sinceridad" poética como la fuerte conexión entre su quehacer literario y su circunstancia biográfica, creo que no aplicar estos dos mismos parámetros a todo el conjunto de sus poesías, sino sólo a las que concuerdan con un esquema crítico previo, es cercenar a la misma en sus aspectos más complicados, sí, pero también más enriquecedores.

AISPI. «Allí mi corazón tuvo su nido»: El amor napolitano de Garcilaso.
Centro Virtual Cervantes